

ALBUM DE SEÑORITAS Y CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUGER.

SUSANA.

La castidad tiene sus mártires, y la calumnia sus víctimas. Bello es llegar á la pureza de los ángeles, á pesar de los estímulos que no sienten, y de la fragilidad que no conocen: glorioso tener el ánimo cerrado al temor, y salvar el honor, aun con peligro de la reputacion, tesoro el mas rico despues de una conciencia pura. Pero vencer el placer y las amenazas; ir á morir con toda la sublimidad de una virtud desconccida, con toda la vergüenza de una deshonra, cierta en la apariencia; soportar el peso de tanta desgracia sin humillacion, es el supremo esfuerzo del heroismo. Y cuando tal heroismo se manifiesta en criaturas en que Dios parece haber colocado el encanto de las gracias y la sensibilidad como por compensacion y escusa á la debilidad, se reviste, con esa mezcla de magnanimidad y de gracia, de propor-

ciones superiores, que imponen una afectuosa veneracion.

Dios pone límites á la perversidad humana, agitando en secreto á los opresores. Una luz inesperada viene á veces á desterrar su trágica oscuridad, y confundidos, espian la fortuna de un dia con la maldicion de los siglos. Esta ley, terror de los malvados, y seguridad de los buenos, se halla consignada de una manera elocuente en la historia de Susana; ilustre ejemplo de las pruebas que fatigan la virtud, y de los triunfos que la están reservados.

En tiempo de la segunda cautividad de los Judios, contaba Babilonia un personage, llamado Joakim. Su muger era de gran belleza, y mayor su virtud. Descendiente de la tribu de Judá, era su nombre *Susana*, significado de azucena, impuesto á su nacer por sus gracias infantiles, y cuya eleccion justificó la belleza de su alma, y su acendrada virtud. Educada por sus padres en los sentimientos de la religion, y de la justicia, conservó siempre el santo temor de Dios y el respeto de su ley: dichosos frutos de

una buena educacion, dulces riquezas que son el mejor patrimonio de los hijos y la mas bella recompensa de la solicitud de sus padres y maestros.

Joakim era muy rico. Conducido á Babilonia en rehenes, no olvidó en medio de las privaciones del destierro la suerte de sus compatriotas, y su casa era el alivio de los necesitados. Franqueada para administrar justicia, única imagen de la patria que les dejó la política del conquistador, el tribunal judío se componia, como en los dias felices de Israel, de los ancianos. Tocó un año ser juez á dos, de quienes Dios ha dicho: «La iniquidad se »ha manifestado en Babilonia: ancianos »estravian al pueblo en vez de conducirle.»

Al fin de la audiencia, cuando el público se retiraba, bajaba Susana á pasearse por su jardin. Viéronla los dos jueces, é indiscretos, prolongaban su estancia, cual si preocupados con la gravedad de algunos juicios, los discutiesen á solas. Habíase apoderado de ellos una violenta pasión, y estuvieron por algun tiempo bajo el imperio de la misma preocupacion, sin atreverse á revelársela mutuamente, por vergüenza; porque, hasta en su caída, el alma conserva algun resto de pudor por donde puede alzarse. Alimentaban en secreto una pasión criminal, que debieron combatir, buscando cada uno el medio de hallar á solas á Susana. Llegó un dia en que el uno dijo al otro: »Vámonos á casa, que ya es hora de comer.» Márchanse, y se separan. Pero á poco, vuelven, y se encuentran. Indispensable una explicacion, se descubren. Cayó á esta única confidencia la única barrera que podia con-

tenerles, y quedó el crimen concertado, resolviendo espiar un momento en que Susana estuviese sola.

Presentóseles al fin la ocasion buscada. Bajó Susana, como de costumbre, al jardin, acompañada de dos doncellas. Los viejos, ocultos en él, seguian todos los pasos de su víctima. Hacía calor, y Susana quiso bañarse, para lo que las pidió esencias aromáticas y perfumes, previniéndolas se retirasen, dejando bien cerradas las puertas. Así fué, y saliendo de su escondite los malvados, en vano la amenazaron con una venganza cobarde y cruel sino cedia á sus culpables proposiciones. «Declararemos públicamente, decian, que aquí habia un mancebo y que por eso habeis despedido á vuestras doncellas.»

Susana, midiendo en toda su extension el peligro en que se veia, lanzó un profundo suspiro, y dijo con tanta sabiduría como entereza, «Por todas partes me oprimen las angustias; porque obedeceros, es mi muerte; resistiros, exponerme á vuestro furor. Pero prefiero arrostrarle inocente, á deshonrarme ante Dios.» Gritó, socorro, y viéndose vendidos los ancianos, gritaron á su vez, abriendo uno de ellos la puerta exterior, y acusando cobardes á la casta Susana. Sus criados quedaron abismados de dolor.

Al dia siguiente el pueblo se presentó, como solia, en casa de Joakim. También los jueces, decididos á acusar á la muger sublime que habia resistido á sus impuros deseos. «Haced venir á Susana,» dijeron á la multitud, temiendo la demora. Susana se presenta, acompañada de sus padres, de sus hijos y de toda su familia. Cuantos la conocian, teníanla

por inocente, y derramaban lágrimas. Con una modestia igual á su belleza, tenía cubierto el rostro con un velo; se le hicieron quitar los viejos, y levantándose, estendieron sus manos sobre la cabeza de Susana. Así juraban los denunciadores decir verdad en las causas capitales. La acusada, llorando, fijó su vista en el cielo, testimonio incontestable de la inocencia, y última esperanza de la virtud infortunada.

Los ancianos hicieron relacion de la fábula infame que habian inventado. «Paseábanse solos, dijeron, en el jardin de Joakim, cuando Susana vino con dos doncellas, á quienes despidió luego, con encargo de cerrar las puertas. Un jóven, salido de la espesura, se la presentó. Indignados, trataron de apoderarse de él, pero se les escapó por la puerta esterior. Susana no quiso revelarles su nombre. Era, pues, adúltera, y debía morir.» Tal fué la deposicion y acusacion de los ancianos, que hicieron el triple papel de testigos, de acusadores, y de jueces.

Sin embargo de oponerse abiertamente á la equidad, y aun á la legislacion judia, tan violento proceder, tanto respeto se tributaba á la ancianidad entre los israelitas, y tan lejos estaba el pueblo de sospechar en sus jueces tan indigno abuso de su sagrado ministerio, que Susana fué declarada culpable, y condenada á muerte, conforme á la ley hebrea que, con tanto rigor velaba por el respeto del lazo conyugal y la pureza de la familia.

Susana no supo dar una prueba mas completa de su inocencia que su silencio. Acusaciones hay que desconciertan la virtud, y tambien el silencio tiene su

expresion. Al fin dijo: «Dios eterno, que todo lo penetrais, bien sabeis que es falso el testimonio dado contra mí; y que muero inocente de tan infame acusacion.» El Señor escuchó su plegaria, salida de lábios tan puros y de un corazon tan lleno de confianza en su providencia, y socorrió á la oprimida.

El jóven Daniel fué su instrumento. «Insensatos, esclama, os habeis precipitado. Abrid de nuevo el juicio, y hallareis la verdad.» La influencia que ejercia por su saber entre sus compatriotas, hizo que el pueblo, deseoso de la justicia, accediese á su escitacion. «Que se separe á los acusadores, yo les examinaré.» dijo, y verificado. «Si Susana es criminal, dijo al primero el profeta, ¿bajo qué árbol, responde, la has visto hablar con su cómplice?—Bajo un lentisco, contestóle. Basta, le replicó Daniel, y compareciendo á su vez el segundo anciano á sufrir su interrogatorio, «bajo una encina,» contestó á la misma pregunta. Muy bien, añadió Daniel, patente está vuestra iniquidad.

A vista de tamaña contradicion, el pueblo indignado pidió contra los infames ancianos, á quienes Daniel acababa de juzgar, por su propio testimonio la pena que, segun la ley de Moises, les correspondia; la misma que habian impuesto á Susana. Todos bendijeron á Dios, en quien los aflijidos jamás ponen en vano su confianza, y le dieron gracias, mas que por haber salvado una vida inocente, por el honor de Susana.

Tambien las artes han reproducido la escena de la sorpresa de Susana en el baño, y perpetuado, como la Biblia, su virtud.

A. Pirala.

LITERATURA.**LAS HOJAS SECAS.**

¿Veis de ese árbol que altanero mece,
Las hojas que otro día acariciaba?
Así del hombre la inconstancia crece,
Y hoy ya desprecia cuánto ayer amaba.

Ayer su verde le ostentaban bellas,
Esas hojas que están hoy vacilantes,
Y mañana tal vez, ni de sus huellas,
Un recuerdo busquemos anhelantes.

Su sombra nos prestaron cariñosas
En los primeros días de la vida,
Cuando alegres corríamos gozosas
Para alcanzar una ilusión florida.

Este espacio feliz que entre las flores
Gozosa el alma respiraba un día,
Sin sentir ¡ay de mí! tristes dolores
Que mitigar pudieran su alegría;

Era el sueño feliz de la esperanza
Que respirar hacía el pecho mío;
Era un delirio que mi voz no alcanza
A cantar; mas sentí su poderío.

La fresca brisa, imagen de dulzura
Llenaba nuestra mente de ilusiones,
Y el alma rebotando de ternura
Una á una contó sus sensaciones.

Del sol, ráfaga pura, peregrina
Alegre jugueteaba en mi cabeza,
Como el sueño de amor nos ilumina
Cuando tenemos de su bien certeza.

Puro ambiente, feliz, de aroma y flores,
Sencilla imagen de divina luz;
Con que brinda el eterno sus favores
Al que implora sumiso ante su cruz.

La historia de esa hoja tan marchita
Que ayer miraba con delirio tanto,
Al corazón oprime, que medita
Que un solo día terminó su encanto.

Las hojas del amor, de la esperanza,
El árbol del destino audaz las mece,
Y en un instante desdeñoso lanza
La que en sueños de amor altiva crece.

Y hoy al mirar rodando por el suelo
La que ayer contemplábamos hermosa,
El corazón con triste desconsuelo
Comprende que en la nada todo posa.

Las santas ilusiones de la vida
Día tras día se las lleva el viento,
Cual la hoja que miro desprendida
De la rama que fuera su ornamento.

Solo el aura feliz de la inocencia
Alienta nuestro pecho y nos da vida,
Ella es del corazón toda la ciencia,
Con ella está la eternidad unida.

Ella sonríe nuestra edad primera,
Orgullosa se mece en nuestra cuna
Y si la muerte se aparece fiera,
En nuestro pecho su consuelo aduna.

Este ambiente feliz de aroma y flores
Es la sencilla imagen de la luz,
Con que brinda el eterno sus favores
Al que implora sumiso ante su cruz.

Natalia Boris de Ferrant.

*Real sitio de San Ildesonso, 22 de setiembre
1852.*

UNA PERLA Y UNA LAGRIMA.

LEYENDA TRADICIONAL ARAGONESA.

(Conclusion.)

En la virtud, lo mismo que en el vicio,
solo hay un paso costoso, y es el primero:

dado este, se sigue despues por la senda del mal ó del bien sin violencia alguna.

La buena accion de Sol infundió en ella el arrepentimiento, que es para el alma culpable una segunda inocencia. Todas las santas máximas que habia oido en otro tiempo se presentaron á su memoria, como si las repitiese á su lado una voz misteriosa. En el zumbido del viento, en la vibracion confusa ó distinta de las numerosas campanas de la ciudad, llamando entonces á los fieles para la oracion, creia escuchar distintamente aquellas palabras divinas. Parecia que una mano de hierro la sugetaba en el balcon; por fin haciendo un esfuerzo desesperado, se lanzó en su aposento: cerró todas las puertas, todas las ventanas, para no oir aquellos sonidos; se tapó fuertemente los oidos, pero en vano! cada vez se iban acercando mas y mas, y la aturdian: desesperada, fuera de si, se puso á gritar para pedir socorro, pero nadie acudió: quiso salir de la habitacion corriendo, y dominada por el miedo cayó de rodillas á los pocos pasos, delante de su tocador. Sus ojos se fijaron involuntariamente en el espejo. En el mismo instante resonó la primera campanada de las doce. La habitacion quedó repentinamente envuelta en la mas densa oscuridad, el pavimento osciló, como sacudido por un temblor de tierra; despues en el espejo que tenia delante, iluminadas por un resplandor incierto y fosfórico, vió reflejadas Sol, una por una, clara y rápidamente, todas las acciones de su vida pasada; su infancia, primero, humilde al lado de su madre, brillante y dichosa despues, en casa de su protectora; luego su juventud tan rica de ilusiones, desvanecidas poco á poco ante el soplo del vicio, y finalmente los últimos años de su existencia criminal y desenfrenada.

Una lágrima de dolor, se desprendió entonces de los párpados de la jóven y resbaló por su megilla. Entonces, oyó una voz que la llamaba por su nombre, y se halló

inmediatamente en presencia de Dios, que la pedia estrecha cuenta de sus acciones. Su ángel custodio postrado ante el Señor, se cubria tristemente el rostro con sus alas: otro ángel tenia en su mano la fatal balanza en que debian pesarse las buenas y malas obras de Sol. No se hallaba en toda su vida un solo acto que sirviese de contrapeso al cúmulo de sus culpas. Abrióse luego delante de ella un gran libro, donde estaban escritas todas las buenas acciones que habia estado en posicion de hacer, y que no habia hecho. A los ojos de Dios, no basta el no obrar mal; el que desprecia las ocasiones de ejercitar la virtud es tambien culpable. Sol conoció, que iba á ser irremediabilmente condenada y juntó sus manos, para implorar la clemencia del Supremo Juez. De pronto, vió un ligero vapor que se levantó de la tierra, y que á medida que se aproximaba al cielo adquiria una deslumbradora claridad. Sobre aquella blanca nube apoyaba sus pies una muger hermosa y triste. Sol reconoció á su madre. Ya no era la desgraciada, abatida bajo el peso de la edad y el infortunio, á quien habia visto, pocas horas antes, sino un espíritu bienaventurado, en cuya frente radiaba la corona de la inmortalidad y de la gloria, que concede el Señor á sus elegidos. —La madre de Sol se postró delante de Dios, y aproximándose á la balanza de su justicia divina, arrojó como contrapeso una perla: era la misma que la jóven habia dado á una indigente aquella noche. La balanza se inclinó ya á favor de Sol. Entonces la madre se acercó al libro abierto y derramó en sus páginas una lágrima: era la que sol acababa de verter, impulsada por el arrepentimiento. Los caracteres acusadores del gran libro, se borraron. «El Señor, dijo entonces la madre, volviéndose hácia su hija, accede á mis continuos ruegos, y te perdona. Vuelve al mundo, y que tu vida en lo sucesivo sea enteramente distinta de tu vida pasada. Has si-

do ingrata con Dios y con tu protectora; mi muerte es obra tuya; jamás el pobre, ni el desvalido habian logrado escitar tu compasion. Tu alma estaba encenagada en el vicio; solo hay una accion en tu vida, que no sea criminal y ella te salva, porque ante Dios, cuya misericordia es infinita, una perla ha bastado para rescatar tus culpas y una lágrima para borrarlas.»

—¿Fue un sueño, ó un aviso del cielo lo que Sol habia tenido aquella noche? Ella misma no lo pudo aclarar. Cuando volvió en si, á la mañana siguiente, era cerca de medio día: Sus doncellas creyéndola muerta habian abandonado su casa. Al pie de su cama, inmóvil y llorosa estaba una jóven vestida de luto.

—¡Hermana! ¡hermana mia! exclamó arrojándose al cuello de Sol, cuando aquella recobró el sentido.

—¿Y quien sois? contestó con voz débil.

—Estrella, ¿no me conoces ya?

—¿Y nuestra madre? nuestra pobre madre; quiero pedirla perdon.

—¡Ah! dijo Estrella llorando amargamente ¡ha muerto!

—¡Ah muerto! ¡Dios mio!

—Si, esta misma noche, al dar la primera campanada de las doce, espiró.

—Sol recordó entonces vivamente cuanto habia pasado.

—Sus últimas palabras, continuó Estrella, han sido para ti, y tu nombre, el que han pronunciado sus labios, al cerrarse para siempre. Me ha hecho prometerla que vendria aquí, tan luego como espirase, para decirte en su nombre que te perdona tu conducta para con ella, y que su único deseo es que te arrepientas sinceramente.

Aquella misma tarde, las dos hermanas, salian solas y á pie de la Ciudad. Todas las investigaciones del conde, para buscar á Sol, fueron inútiles.

¿Que se hizo de ella? ¿A dónde se dirigió? Esto es lo que nadie supo. Segun unos, llegó en peregrinacion hasta Roma y allí confesó sus culpas al Vicario de Jesucristo; segun otros, se retiró á un monasterio con Estrella que no quiso abandonarla jamás; pero en lo que todos convienen, es en que cumplió fielmente los deseos de su madre y en que su arrepentimiento y caridad abrieron á su alma, las puertas del cielo.

Ciudadela de Jaca 24 de diciembre de 1852.

Dolores Cabrera y Heredia.

LA BELLEZA EN LA VEJEZ.

Apasionado admirador de la perfeccion y hermosura de las mugeres españolas, ya en otro artículo os conté, amables lectoras, el por qué sois bellas, y por qué la naturaleza fué tan pródiga con vosotras al repartir á la mitad del género humano la *hermosura*, el *talento* y la *virtud*. Ahora bien, no basta el contemplaros solamente en la juventud, no es suficiente la belleza de los 20 años para probar de un modo cierto que lo sois, es preciso saber si vuestra belleza es duradera.

No me atreveré á decir á qué edad es vieja una muger; hay verdades tan tristes, que vale mas callarlas para que no se conviertan en ofensas, pero cuando una española tiene la indulgencia de creerse vieja, adquiere entonces una juventud moral que nunca acaba, y entra en la posesion real de los dones de la naturaleza.

La hermosura material se estingue poco á poco; el tiempo, aquel viejo avariento, que colocado al lado de la naturaleza en el acto de distribuir sus dones, exclamaba mirando á las mugeres, *yo os los quitaré á mi vez*, pues bien, aquel inmutable regulador de nuestra vida, destruye miserablemente la más perfecta belleza; pero ¿qué importa, si os queda el talento, si la belleza moral aumenta fecundada con la esperiencia? ¿Cuán-

ta madurez en los consejos! ¡Cuánta duración en los afectos de la muger anciana! ¡Podrá negarse que aquella que fué hermosa y perfecta en sus primeros años, se rejuvenece al llegar á la vejez, y adquiere un nuevo tesoro que distribuye entre los que la rodean?

El filósofo, el artista, y el poeta que no han tratado á españolas de avanzada edad y no han bebido en la fuente de su experiencia y consejo, carecen de perfección en sus talentos: puede que parezca exagerada esta pintura, pero después de recorrer la historia de la muger española, después de leer sus hazañas en todos tiempos, después de admirar sus glorias, que se destacan sobre todas las de las demás mugeres de Europa, y de ello se nos ofrece en la actualidad un ejemplo palpitante, consultad después, repito, las memorias de los hombres ilustres de los pasados tiempos; interrogad á los que ocuparon el primer puesto en la opinión pública y todos os dirán que deben gran parte de su gloria al consejo de mugeres ancianas.

El secreto de la inmensa superioridad de las ancianas españolas se explica fácilmente considerando que, dotadas de una imaginación viva, de una especial finura, y de una penetración sin igual cuando jóvenes, llegadas á la vejez, conservan la delicadeza y previsión de la muger y adquieren la sensatez del hombre: vivas para la razón y la sabiduría mueren solo para las pasiones.

Llegado el tiempo en que se tribute el debido homenaje á la virtud, elevarán los hombres una estatua á la razón, representada por una anciana española, dando una mano á un viejo, y sosteniendo con la otra á dos jóvenes que entran en el mundo.

Lástima es que la instrucción que recibe la muger en España, cuando joven, no corresponda á sus buenas disposiciones, pues entonces podría llamarse con mas razón que ahora un *adorable conjunto*.

Emilio de Tamarit.

TRATADO DEL ARTE DE BORDAR.

DEL BORDADO AL PASADO.

(Continuación.)

IV.

Llamamos bodoquitos á aquellos redonditos ó lunares que sirven en el bordado para representar frutas etc. Estos bodoquitos son una de las dificultades del bordado. Para hacerlos completamente redondos, como deben serlo siempre, se necesita poner mucho cuidado, sobre todo cuando son grandes. Tomaremos para explicación uno de los de la *figura 3*. El modo de rellenarlos es muy importante. Se principia por hacer algunos puntos en el centro, desde una orilla á otra, vuelta siempre hácia sí la punta de la aguja, y metiéndola por las mismas picaduras, lo que hará al algodón describir una especie de 8. Cuatro de estos 8 no son demasiados para uno de estos bodoquitos, y sostienen muy bien el centro. Se rodea en seguida este nucleo de círculos de algodón, pasando la aguja por debajo de los puntos ya hechos, hasta que todo el interior quede cubierto suficientemente para formar el realce necesario. (El bodoquito *a* de la *figura 3* ayudará á comprender esta explicación.) Para hacer uno de estos no se debe principiar por un punto muy pequeño. La primera rayita interior del bodoquito *b* indica el sitio en que debe hacerse el primer punto: en el lado opuesto, hay que detenerse en el sitio correspondiente. Los puntos deben estar estremadamente unidos, así resultará que el primero y el último queden un poco recogidos, formando una línea curva, la cual dará á la fruta una perfecta redondez. Si los puntos no quedasen bien arreglados por sí mismos, se tendrá cuidado de componerlos con la aguja.

Al tomar el último punto se hará salir la aguja, no sobre la orilla, como en todos los

demás, sino en el centro: en seguida se pasará la aguja en toda la estension del bodoquito por debajo de los puntos; se la sacará por el extremo opuesto, volviéndola á pasar del mismo modo, tirando un poco el algodón, y apretando el punto: esto sostiene muy bien el bodoquito y le dá la forma, que le corresponde.

Las rayitas que tienen los bodoquitos de la figura 3 indican la direccion que deben llevar los puntos. Hay que observar que cuando una de estas frutas está unida á una rama los puntos deben ser horizontales con respecto á esta. Los que forman el centro y la estremidad del racimo, bien que no estén unidos á la rama, se harán como si lo estuviesen, y en la direccion que su posicion indica.—T. P. (Se continuará.)

MODAS.

A los intensos frios de esta temporada han sucedido por fin los tres últimos dias de la semana pasada, en los que una temperatura mas agradable y un cielo despejado convidaban á disfrutar del hermoso sol de Madrid: así es que el paseo de la fuente Castellana ha estado cuajado de elegantes carruajes y tanto sus alamedas, como el Prado y el Retiro, llenos de una concurrencia tan numerosa, como lucida, que deseosa de esparcirse despues de tanto tiempo de reclusion, llevaba en su semblante la alegría natural que infunden en el alma los dias que nos anuncian la proximidad de la estación florida.

Como con la cuaresma suele venir la primavera otros años por esta época se arrinconaban ya los trages de invierno: en este, por el contrario, ahora es cuando se principian á lucir. La crudeza de la estación precisa á conservar todavia los abrigos, bien entretelados, y entre ellos los hemos visto de terciopelo muy elegantes, y de variadas hechuras, guarnecidos con pieles: los azules, de armiño; los verdes, de marta zibelina, y los negros de marta del cadaná, que como es menos oscuro, va mejor con lo negro. De chinchilla apenas se ve ninguno.

Hemos observado con gusto que la felpa de seda vuelve á estar en moda: en otro tiempo gozó de mucho favor, por que es adorno que viste muy bien y hoy todo lo que llena este objeto es bien recibido: es tela tambien muy á propósito para forrar los talmas y manteletas, porque, reúne al ahriego, la ligereza, y dá cierto aire comfortable y elegante á estos trages.

Como adorno de vestido es de muy buen efecto: cuatro listas de felpa negra, en una falda de grós morado, dán á este traje un aire de bayadera.

El color morado está aun muy en moda: ha sido con el verde, el color favorito de este invierno, y promete serlo tambien en la primavera: del morado al lila la transicion es fácil, y se puede vaticinar que el lila será el color de moda, en cuanto aparezcan las primeras hojas en los árboles. Es color que vá muy bien á las blancas y rubias.

Aurora.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

- Número 1. Mitad de un cuello: bordado de aplicacion.
- Número 2. Modelo de gorra, compuesta de guarniciones fruncidas y entredoses.
- Número 3. Josefa: bordado al pasado.
- Número 4. Angela: letras góticas, al pasado.
- Número 5. Guarnicion: bordado al pasado y á la inglesa.
- Número 6. Escudo: bordado al pasado.
- Número 7. Esquina de pañuelo: bordado al pasado y feston.
- Número 8. Rosalia: letra inglesa: bordado al pasado.
- Número 9. Escudo, para bordar al pasado y punto de armas.
- Número 10. E. H. bordado al pasado y á la inglesa, ó al pasado solo.
- Número 11. Clotilde: bordado al pasado.
- Número 12. Escudo: bordado al pasado y punto de armas.
- Número 13. Floreado, para gorra ó mangas; bordado al pasado.
- Número 14. Guarnicion: bordada al pasado y feston.

ADVERTENCIA.

Las señoras suscriptoras á dos figurines recibirán con este número el segundo de este mes.

Madrid 1853. Imprenta del Correo de la Moda
á cargo de Agustin P. Vega, calle Sin Puertas, núm. 2.